

ricanos y los ingleses en la época de la independencia. Los ingleses perdieron allí 800 hombres, lo que no les impidió causar mucho daño a los americanos.

Pero el steamer no nos dió tiempo de enternecernos, ni de exaltarnos con estos recuerdos de carnicería y de gloria. Sirviéndonos de nuestro antejo para ver mejor, percibimos á *Spuylen Daniel Creek*, riachuelo que desagua en el Harlem y forma el límite septentrional de la isla de Manhattan.

Al pasar por delante de Hastings, tocamos en la estrechidad de las Empalizadas.

Sobre la orilla derecha, Arturo hizo notar al coronel *Sunny Side* que fué la residencia del ilustre autor de la *Vida de Washington*, y que él mismo se llamaba Washington Irving. Esta linda morada es apenas visible á través del espeso follaje que la rodea por todas partes.

Yo saludé á la vivienda del historiador filósofo, cuyo carácter estaba á la altura de su talento, y mi vista tropezó con el pueblecillo denominado Jappan. Aquí se ensancha el río bruscamente y de tal modo, que se le designa con estas palabras: *Jappan sea* (mar de Jappan). Asimismo es un lugar histórico.

En este sitio, en efecto, Washington fijó su cuartel general durante la guerra de la independencia. También aquí fué pasado por las armas un traidor, el mayor André.

Tocamos con la ciudad de Sing-Sing, célebre por su prision de Estado, en la cual los americanos han puesto en práctica un sistema de detención que ha servido de modelo en Francia, en Inglaterra y en algunos otros países de Europa. La penalidad mas fuerte que inflige el código americano es, despues de la muerte, diez años de trabajos forzados. En algun caso se puede traspasar este tiempo, pero se fuerza al prisionero á trabajar. En Sing-Sing (literalmente canta, canta), todos los condenados ejercen una profesion manual, y el establecimiento no es mas que un taller continuado. Para castigar á los perezosos y revoltosos y obligarles á trabajar, no se emplea mas que un remedio, pero es heroico. Se somete al recalcitrante á un enorme chorro de agua fria, en estio como en invierno; despues de algun tiempo de este régimen, los mas endurecidos se vuelven dóciles como perros de caza, y dulces como corderos. El edificio es de cincuenta pies de fachada, que da al río. Como arquitectura no presenta nada de notable. Es un pequeño departamento de cuatro ó cinco órdenes de pequeñas ventanas uniformes. Está construido con mármol de canteras próximas.

—Arturo, dijo el coronel á nuestro guia, hallo que falta alguna cosa en Sing-Sing para ser completo.

Arturo miró fijamente á sir James que sonreia: despues de algunos instantes de reflexion:

—Sí, dijo de pronto, falta mi ex-sócio.

El coronel se inclinó en señal de asentimiento.

Echamos una mirada distraida sobre Peckskill, sobre el lugarejo de Croton y sobre las cascadas de Buttermilk, cuyas aguas tumultuosas caen de una altura de 200 pies. ¡Pero qué son estas cascadas al lado de las cataratas del Niágara, cuya magnificencia salvaje ibamos á contemplar!

Llegamos á Westpoint, en donde se halla establecida la grande escuela militar de los Estados Unidos.

De Westpoint es de donde han salido casi todos los oficiales notables de la Union.

Esta escuela militar se halla situada en la cumbre de un

SEGUNDA SERIE.—1865.

sitio de la orilla muy escarpado y muy elevado, que se termina de pronto por una plataforma natural que sirve de campo de maniobras.

Cuando pasamos por delante de esta plataforma, ofrecia el golpe de vista mas pintoresco y mas animado.

Se hallaba cubierta de centenares de tiendas de una blancura que hacia mas brillante los rayos del sol.

Las banderas flotaban al viento, y el son del clarin, unido al del tambor y de los pífanos, se repetia alegre y marcial de roca en roca.

Un número considerable de alumnos se ejercitaban en las maniobras.

¿Quién hubiera podido preveer entonces que aquellos jóvenes militares, educados para la defensa del país, emplearian su talento y sus armas para sostener la mas cruel y la mas lamentable de las guerras civiles de que jamás pueblo alguno ha dado ejemplo!

Bajo el punto de vista arquitectónico, la critica de este edificio puede hacerse en dos palabras: es una copia en mármol del templo de Diana, cuyo estilo de arquitectura adoran los americanos.

Lo que en Westpoint llama mas vivamente la atencion del europeo, y lo que evoca tristes sucesos de la historia contemporánea, es un monumento sencillo, pero elegante, tallado en mármol blanco, y que en lo alto de la esplanada domina el río, seguramente el mas hermoso del mundo. Este monumento es un recuerdo en honor del gran patriota polaco Kosciusko, que habitó mucho tiempo en Westpoint, y ganó sus primeros laureles siguiendo á Washington.

Kosciusko fué educado en la escuela militar de Varsovia, de donde fué enviado á Paris para completar su instruccion. De vuelta en Polonia, no tardó en partir para América que acababa de levantar la bandera de la independencia nacional, donde combatió al lado de Washington hasta obtener el empleo de coronel. Abandonó la América cuando los últimos ingleses dejaron las costas de los Estados Unidos, y volvió á Polonia, donde peleó por su independencia vanamente, hasta que fué derrotado, herido y hecho prisionero. Al advenimiento al trono de Pablo I, recobró su libertad, y aun se le quiso devolver su espada, que rehusó, puesto que no tenia ya patria á cuyo servicio ponerla. En 1797, atravesó de nuevo el Océano, y fué recibido con honor y simpatia por el pueblo americano, cuyo gobierno le concedió una pension. Queriendo llorar de cerca á su desdichada Polonia, Kosciusko volvió á Europa al año siguiente, y murió en Suiza, arrojado con su caballo á un precipicio. Despues de haber emancipado los siervos que tenia en sus propiedades en Polonia, dejó un legado para el rescate de esclavos en Virginia y proveer á su instruccion. Para honrar tantas virtudes y desgracias, los ciudadanos americanos erigieron un monumento á Kosciusko. Todavía se enseña el pequeño jardín que cultivaba en Westpoint.

El fuerte Putnam, que dominaba al río en este sitio, tenia una gran importancia en el tiempo en que Washington combatia á los ingleses. Hoy está arruinado. Este es el fuerte que Arnold, vendido al gobierno británico, quiso entregar á los ingleses.

Pasando de Westpoint, el buque navega entre dos hileras de altas montañas y pasa por delante de muchos pueblos, que se crearian edificadas únicamente para recrear la vista del viajero; tan propios son, tan pintorescos y tan bien situados por la naturaleza. Diferéncianse esencialmente de nuestros villorrios europeos, nacidos villorrios, y condena-

AÑO XXIII. 14

dos á permanecer en este estado hasta la consumacion de los siglos. Todo pueblecillo americano se construye en vías de un desenvolvimiento rápido. Así, aunque esté compuesto de pocas casas, están alineadas y trazadas largas calles para el porvenir, y no falta un hotel ó un templo calvinista de madera, presbiteriano, católico ó metodista, según los votos de la mayoría de los habitantes.

Tocamos por fin en Albany, despues de un paseo, que fué para nuestros ojos una série de sorpresas y de placeres sin cesar renovados. Detúvose el vapor en un muelle de donde parte una calle de sesenta metros de largo, en medio de elegantes construcciones, al fin de la cual, con bastante elevacion, domina el Capitolio, semejante en todas partes al de Washington. Albany es la residencia de muchas de las mas antiguas y de las mas ricas familias del Estado. Casi toda la actividad de la ciudad es debida al enorme tránsito de mercancías y de viajeros que tiene lugar por allí durante todo el año.

Hállase colocada la plancha que debe servir para el descenso de los viajeros, y á su estremidad se agrupan los cocheros de los carruajes de los hoteles, que os alargan las señas atadas al extremo de sus fustas extraordinariamente largas. Esto produce un concierto, ó mas bien una algaraza de voces, entre las que la nota aguda que os llega siempre al oído, es la palabra *hotel*. Desde hace algunos años la policía ha intervenido en esta batahola de los cocheros para subir á bordo. Os cogian literalmente por fuerza, les perteneciais, érais su cosa, os conducian á donde querían, disponian de vuestro bagaje como les parecia mejor, y os hacian pagar todas estas complacencias por la tasa de su fantasia. Ahora bien, como cada steamboat trasporta á Albany ochocientos ó novecientos viajeros, podreis figuraros el hermoso tumulto que se produciría. Hoy es otra cosa.

—Sin embargo, señores, tened mucho cuidado, dijo Arturo dirigiéndose á sir James y á mí, con los centenares de cocheros y todos los hombres que nos esperan en tierra. Van á hablaros, pero no los respondais, sea lo que quiera lo que os digan. Quizá os pregunten qué hora es, ó si el viaje ha sido bueno; si teneis la desgracia de sacar vuestro reloj para satisfacerles ó pronunciar una sola palabra, fingirán tomar vuestras acciones ó vuestras palabras por una orden, y entonces se arrojan el uno sobre vuestra maleta, el otro sobre vuestra sombrerera, mientras que un tercero os arrastra hasta su largo carruaje de color de sangre de toro ó verde de Azoff, y os conduce de buen ó mal grado al gran trote de sus caballos al hotel de su eleccion. Muy dichoso en este caso, si al llegar no os veis obligado á dirigir un telegrama al Canadá ó á Búffalo para reclamar una maleta extraviada, que se halla..... rara vez.

—Basta, dijo el coronel, seremos discretos como un sepulcro, y silenciosos como Harpócrates en frente de todos los cocheros.

Desembarcamos, y pudimos eludir los lazos que se nos tendian, gracias á la experiencia de Arturo y á sus hábiles maniobras, quedando dueños de nuestros bagajes y de nuestras personas, que hicimos conducir al hotel que mas nos agradó. En medio de aquella barahunda, de que el lector podrá formarse idea, fuimos testigos de una escena á la vez triste y burlesca. Al mismo tiempo que nosotros, desembarcó una familia de emigrados alemanes que, procedentes de su aldea, iban á establecerse en el Oeste. Esta familia se componia del padre, de un jóven de veinte años, de dos mancebos y de la abuela, ya de edad de setenta y cinco

años. Ninguno de ellos sabia una palabra de inglés. ¡Qué bella presa para los cocheros y sus afiliados! Un cochero se abalanza al jefe de la familia, y le hace comprender que no tiene que inquietarse por nada, y que él se encarga de todo mediante cierta suma. El alemán, sencillo y confiado como todos los habitantes del campo de su país, da repetidamente las gracias al oficioso, paga, y espera. Bien pronto, sin embargo, se pregunta cómo aquel buen hombre habia podido adivinar el lugar de su destino. Una duda atraviesa su mente, se turba y quiere explicarse. Era demasiado tarde; su hija habia marchado á un hotel cualquiera, sus hijos habian sido trasportados á bordo de un steamer que acababa de dejar el muelle, y el cochero habia decidido que el jefe de la familia y la abuela tomasen el camino de hierro de Búffalo. Desesperábanse los dos pobres emigrados, y se les hizo esperar que su hija les seria devuelta dentro de una hora, y sus hijos pasados dos dias.

Albany es una linda ciudad, rica en bellas casas particulares, pero que no encierra mas que dos monumentos dignos de fijar la atencion: la catedral católica y el Capitolio, curiosa mezcla de los géneros egipcio, griego, romano, gótico y moderno.

Un dia nos bastó para ver á Albany, y por invitacion del coronel nos dispusimos á continuar nuestra marcha hacia las cataratas del Niágara, en las cuales sir James habia pensado poner fin á sus dias. Tomamos el camino de hierro hasta Búffalo, teniendo la intencion, al llegar á esta ciudad, de continuar en un coche particular nuestro viaje hasta las famosas Cataratas.

Los caminos de hierro en América tienen una fisonomía esencialmente original. Los trenes no están formados, como en Europa, de wagones de diferentes clases. La igualdad mas perfecta reina en los caminos de hierro, lo mismo que en los teatros americanos, donde de ordinario no hay mas que una categoría de asientos. El tren que tomamos se componia de cuatro ó cinco largos cajones colocados sobre ejes de pivote, con cuatro ruedas cada uno. Esta clase de ejes es indispensable allí, porque permite al convoy adaptarse á las numerosas curvas y con frecuencia muy bruscas que se encuentran en corto trecho. Estos grandes cajones encierran asientos con respaldo de madera, sin rehenchir, pero que se doblan sobre sí, de manera que permitan al viajero el ir á su agrado, bien inclinado adelante ó atrás. Los cajones ó coches comunican unos con otros, pudiendo el viajero pasearse por toda la longitud del tren, y cambiar de sitio en el camino si le place. En invierno el calorifero calienta todo el tren. Hay además en estos carruajes un cuartito separado con un diván á disposicion del primero que lo ocupa, y otros dos gabinetes, el primero para el servicio del prendido, que contiene una fuente de agua helada y un vaso atado á ella: sobre la puerta del otro gabinete se lee: *Water closet*. En el camino, el conductor deja subir jóvenes que andan de un extremo á otro del tren, vendiendo tortas, periódicos, libros y cigarros. Se les ve descender en la estacion siguiente para esplotar á un nuevo tren, y esto continúa todo el viaje. Las vías americanas no tienen vallas. Así se encuentran muchas veces bestias echadas sobre los rails. Para espantarlas de allí, el conductor de la máquina da algunos vigorosos silbidos. Si el animal persiste en quedar sobre la vía, el convoy no se detiene por esto. El caso está previsto, y todas las locomotoras americanas llevan delante una especie de tablero adelgazado, é inclinado verticalmente á derecha é izquierda, que se designa con el nombre significativo de *caza-vaca*. La vaca es en efecto cazada

si se hace sorda á la advertencia del silbato, y tan bien cazada, que no vuelve á pacer mas. De tiempo en tiempo, el viajero, al asomar la cabeza por las ventanillas de su wagon, percibe una vaca en el aire, que vuelve á caer inerte pendiente de los cuernos. Es el caza-vaca que hace su oficio. Ningun sacudimiento se nota, ni nada ha cambiado en América; solo hay una vaca imprudente de menos.

Esta clase de accidentes son tan frecuentes, que ha sido preciso decidir que ningun propietario de animales podrá reclamar indemnizacion á las compañías por las vacas cazadas por los trenes.

El convoy que nos lleva atraviesa, con sorpresa del coronel y mía, muchas ciudades por medio de las calles mas populosas; los coches, los transeúntes, los niños que juegan, se apartan tranquilamente, y es raro el percance que ocurre. El hábito de velar por la conservacion hace que se vuelvan prudentes sin poltronería y que se juzgue mejor del peligro y de los medios de evitarle. Es verdad que cuando el tren atraviesa una ciudad su avance es muy lento y la gran campana colocada sobre la locomotora no cesa de sonar. En ninguna parte hay mas economía en los caminos de hierro que en América, y no se ven en ellos barreras en los sitios que están cruzados por caminos ordinarios. A la verdad que sería casi imposible sostener guardas en puntos con frecuencia muy lejanos de todo centro de poblacion, á menos de no hacer grandes sacrificios pecuniarios, los cuales no son muy del gusto de las compañías de los Estados Unidos. Se ha reemplazado con economía los guardas con carteles en la bifurcacion de los caminos, en los cuales se lee en letras gruesas: *Look out for the locomotive, when the bell ring*: lo que quiere decir: «Tened cuidado de la locomotora cuando oigais sonar la campana.»

Los trenes del camino de hierro os proporcionan sorpresas bastante originales en América. En medio de un verdadero desierto, en donde no se percibe ni aun una vaca imprudente que cazar, deteniéndose el tren, y un empleado pronuncia el nombre de una estacion.

El coronel y yo miramos curiosamente alrededor nuestro, buscando indicio de alguna habitacion.

—Pero, dijo sir James dirigiéndose á Arturo, no veo aqui ninguna estacion.

—No la hay, en efecto, respondió nuestro guia, pero la habrá quizá dentro de algun tiempo. Mientras tanto el convoy se detiene aqui, se la marca con el nombre que hay intencion de ponerla un día, nadie baja sabiéndolo, ni se ve alma viviente nunca, pero esto hace buen efecto en las cartas geográficas.

—Decididamente, dijo el coronel soltando una carcajada, el pueblo americano está amasado agradablemente, y soy muy feliz en conocerle.

—No os riais, coronel, replicó Arturo, esto no es tan ridiculo como parece lo creéis. En América, el camino de hierro es la picota de la civilizacion. Penetra en los desiertos, y los desiertos se pueblan en seguida. Ha sucedido con frecuencia que los fondines establecidos y sostenidos por las compañías en plenas soledades, han sido el núcleo de pueblos transformados como por milagro en ciudades de una importancia considerable. Esto consiste en que el pueblo americano es un gran pueblo,, es preciso no engañarse. ¡Por qué la policia estará tan mal montada que los picaros puedan saquearos impunemente!

—Mi pobre Arturo, le dije yo, ¿seguis pensando en vuestro infiel asociado?

—Pensaré en él, replicó, hasta que haya descubierto, á

fuerza de reflexionar, los medios de apoderarme de su persona.

—Reflexionad, reflexionad, dijo irónicamente el coronel: si esto no es bueno para vuestro ex-sócio, tampoco le hace daño.

A la aproximacion de Búffalo, el paisaje se vuelve salvaje é inculto en ciertos sitios. De trecho en trecho solamente se percibe, en medio de masas de una vegetacion vigorosa y virgen, lo que se llama en América un *log-house*. Esta es una cabaña hecha de troncos de árboles nuevos de diez á quince pies de alto, colocados los unos sobre los otros en ángulos rectos alternativamente. Para tapar los intersticios se usa una especie de mortero formado de greda y ramaje hecho pedacitos. El *log-house* es el primer abrigo del que desmonta. Cuando ha construido su morada, prende fuego á los bosques que la rodean, los deja quemar, con gran disgusto de los animales feroces y de los reptiles, que huyen por todas partes y se abrasan, aullando, gritando y silbando de una manera espantosa. Cuando el fuego no ha dejado de los árboles mas que el tronco, el cultivador los arranca de raíz. Para esto se sirve de un instrumento que no es otra cosa que un enorme sacatrapos.

Hémos ya en Búffalo despues de recorrer un panorama sembrado de las bellezas naturales mas pintorescas, entre las cuales es preciso citar el Mohavk que, en Bakton, cae en cascada de 250 pies; los saltos de agua de Trenton, que se precipitan por seis bocas distintas de 312 pies; el lago de Cayuga, que atraviesa un puente de mas de una milla de largo; los lagos y las cascadas que rodean á Génova; las altas montañas que circundan á Rocherter, etc. Nos hallábamos admirablemente preparados para recibir las impresiones que producirían en nosotros las cataratas sin igual que íbamos á contemplar. Unas cuantas horas pasadas en Búffalo, que en 1825 contaba 2,500 habitantes, y hoy encierra 50,000, bastaban para hacernos apreciar el inmenso porvenir reservado á este puerto de entrada de los grandes lagos. Faltábanos una quincena de millas para llegar á las Cataratas; un buen carruaje con dos caballos vigorosos nos condujo allí bastante aceleradamente y sin incidente digno de referirse.

A medida que avanzábamos, un murmullo vago al pronto, mas pronunciado despues, y que concluyó por agrandarse, semejante al trueno en la cadena de los Pirineos, se hizo oír y dominó todos nuestros pensamientos. Desde un poco antes ya escuchábamos en silencio y recogidos aquel estruendo terrible que nos embargaba con una especie de fascinacion.

—Señores, nos dijo el mayoral, dentro de cinco minutos estaremos en el Niágara.

(Se continuará).

EL EMPERADOR Y SU HISTORIADOR.

«¡Qué buena suerte me ha cabido! decía hace mucho tiempo un jóven publicista de Marsella. Me ha sido dado sacar á Alejandro del seno de la antigüedad, y me lo han puesto en nuestros días, vestido de un jóven capitán y con todo el genio de la ciencia.»

El jóven publicista era Mr. Thiers; el Alejandro moderno es Napoleon.

Desde aquel día no se enfrió un momento la pasión del

historiador por el héroe del siglo XIX. Estudió esta gran figura con el entusiasmo que inspiran los semi-dioses de las leyendas, con la paciencia escrupulosa del analista, con la crítica del filósofo, con la ciencia del matemático y del estratégico, y con la experiencia del hombre de Estado.

Por esta razón Mr. Thiers se ha hecho el verdadero, el único historiador del emperador y del Imperio. Nadie mejor que él conoce, ni nadie mejor que él nos da á conocer las

grandezas y defectos de aquel genio excepcional, que no podríamos medir con la común medida.

En la *Historia del Consulado y del Imperio* la Francia tiene su verdadera epopeya. Mr. Thiers lo comprendió bien en su juventud, y esta será la última narración épica: Napoleón será el último héroe. Habrá resumido en su corta, luminosa y fecunda carrera todas las grandezas del espíritu de destrucción. Pero su más alta gloria consistirá en haber



Batalla de Austerlitz.

preludiado por creaciones inmortales la obra de reconstrucción y organización del mundo entero.

Estos dos caracteres de la figura de Napoleón han sido trazados por el historiador con superior arte, y nunca un hombre ni una época fueron resumidos en un libro tan admirablemente. El escollo común de la narración histórica consiste en que el escritor se apasiona y no ve sino el lado favorable de su héroe: ó, por la inversa, lo ataca y lo denigra. Mr. Thiers ha sabido mostrar como se estrelló aquella

estátua de bronce y sobre qué pié de arcilla descansó largo tiempo en su gloria. Nos refiere con una especie de dolor sereno y patriótico aquella inevitable caída, y sin declamar saca de ahí la lección moral y política, no olvidando un instante la talla del coloso caído. No es él quien orgulloso por conocer anticipadamente el secreto de aquella inmensa ruina, denigrará la gloria porque el éxito deba faltarle algún día, ni mucho menos quien, llevado por un ciego amor hácia su héroe, dirá acerca de él, como hubo quien dijo de

Bolingbroke: «Era un hombre tan grande, que he olvidado sus errores.»

En aquella magnífica serie de descripciones épicas, el sentimiento de la grandeza y el buen sentido crítico formaron eterna alianza. Tal es la historia. El hombre político, así como el hombre interior, es un admirable compuesto de contradicciones, y quien no me presenta sino un lado, se engaña ó me engaña. No me gusta que un Tácito, en sus furiosos rencores, no me hable sino de las malas cualidades

de la naturaleza humana, y calumnie á los poderosos en quienes no sabe hallar sino crímenes. Por este medio llego á no ver sino tiranos de melodramas en esas figuras de emperadores, siempre hinchados con vigorosa rabia y siempre poseídos de sus feroces apetitos: el hombre no es tan constante y tan absoluto ni en sus virtudes ni en sus vicios; y por mas que se esclame. «He referido esto sin amor y sin odio,» no lo creeré, y al menos diré que no se ha visto al hombre tal cual es,



Batalla de la Mosckowa.

La historia tal como la han mostrado los Tácitos y los Salustios, podrá muy bien ser un libelo escrito con la acerada punta de un punzon de oro. Mr. Luis Blanc, que no es ni Salustio ni Tácito, ha hecho hace poco otro tanto con gran dispendio de rasgos ingeniosos y de laboriosas antítesis. Libelo tambien es la apreciable historia de Mr. de Vaulabelle, historia únicamente de partido.

De intento dejó á un lado la historia filosófica de los Mignet y de los Guizot, grandes estudios que son superiores á

los hombres y á una época, y se encaminan á la humanidad y á los grandes principios de la vida social. La serenidad é imparcialidad son mas fáciles en estas grandes materias; pero lo difícil es ser sereno é imparcial al referir la historia de un hombre y de su época, limitándose en un determinado cuadro y estudiando al hombre y á los hombres mas que las ideas. Trátase de evitar la indiferencia y esta especie de apatía fatalista, que los mayores historiadores filósofos de Francia no han podido arrancar de su corazón; pues

es necesario apasionarse por cuanto es hermoso y grande, sin cegarse por lo que es pequeño y mezquino.

Por esta razón la *Historia del Consulado y del Imperio* permanecerá un libro duradero y de todos los tiempos, cuando la *Historia de Diez años*, la *Historia de ambas Restauraciones* y la de los Girondinos están ya clasificadas entre las curiosidades históricas, marcadas con pasiones estinguidas hace mucho tiempo.

Antes de escribir aquella excelente é inmortal historia, compuso también Mr. Thiers un apreciable libelo; porque no puedo resolverme á dar otro nombre á su *Historia de la Revolución*. Con justo título ha quedado como el historiador más popular de ese glorioso y sangriento período, muy mezclado con pasiones nobles y criminales, y con ideas fecundas y destructivas. Pero si Mr. Thiers no ha hallado el justo equilibrio de su talento sino en la narración del siguiente período, es por la sencilla razón de que entonces era joven.

Hemos olvidado algo como empezó ese grandioso monumento de la historia moderna. Recordémoslo para los que lo hayan olvidado ó no lo hayan sabido.

Adolfo Thiers nació en Marsella en 1797, en la aurora misma de aquel imperio, del cual debía ser á la vez el Homero y el Polibio. Estudió leyes en Aix, después de renunciar á la carrera de las armas á que estaba inclinado, como otros muchos, pero que le quedó cerrada por la caída de Napoleón. Estas naturalezas activas, y prácticas, nacidas para el movimiento y para la vida exterior van siempre, como por instinto, á la gran fuerza social de su época. En la edad media Mr. Thiers hubiera sido un príncipe de la Iglesia ó de la filosofía militante; mientras el Imperio habría sido soldado; pero caído el Imperio, la palabra reemplazaba la espada, la toga prevalecía sobre el uniforme, y Mr. Thiers quiso ser abogado.

Pero su genio era demasiado inquieto y demasiado indagador para contentarse con estudiar las Institutas y las Pandectas. El joven Thiers unía con sus trabajos profesionales escursiones apasionadas en la ciencia y en la literatura. Tenía particular afición á las matemáticas; escudriñó formalmente los misterios de la filosofía, mas su cerebro, del todo práctico, no pudo alimentarse mucho tiempo con esos fútiles manjares. De resultas de tales investigaciones le quedó un sano horror á lo abstracto y un decidido amor á la sencillez positiva.

Habiendo la Academia de Aix puesto á concurso el elogio de Vauvenargues, Mr. Thiers envió una memoria, cuyas estrañas combinaciones nos muestran por primera vez ese talento flexible, hábil y fecundo en recursos. Aix, como toda la Francia en los primeros días de la Restauración, se hallaba dividida en dos bandos: los secuaces del pasado y los campeones del porvenir. Inútil es decir bajo qué bandera se alistó el joven abogado. Un magistrado liberal, Mr. Arlatan de Lauris, protegia y patrocinó á Mr. Thiers en aquel concurso. El fervoroso apoyo del magistrado dió á conocer el autor de la Memoria, y la mayoría de la Academia, no pudiendo sin notoria injusticia premiar otra memoria sino la de Mr. Thiers, prorogó el concurso para el año siguiente. Mr. Thiers, ya diplomático, conoció muy á las claras que le preferirían cualquier concurrente posible. ¿Qué había de hacer? Escribió un segundo elogio y lo hizo dirigir desde París á la Academia. Los académicos hostiles, dichosos por encontrar un pretexto, premiaron entusiasmadamente el elogio venido de París, y pusieron en segundo lugar la Memoria de Mr. Thiers. Pero al abrir los pliegos en el día del

juicio, se encontraron con que Mr. Thiers se llevó al mismo tiempo el premio y el accessit.

Esta ingeniosa malicia lo dió á conocer, y muy pronto fué llamado á París, donde estuvo con Mr. Mignet, su discípulo é inseparable amigo. Manuel, Laffitte y Etienne recibieron con los brazos abiertos á estos dos excelentes reclutas, y Mr. Thiers entró en el *Constitucional*, mientras monsieur Mignet fué llamado para redactar el *Correo francés*.

No quiero referir lo que hicieron, pues sería emprender la historia del liberalismo bajo la Restauración. Es muy notorio que toda aquella exuberante fuerza intelectual de talentos jóvenes que se decían y creían ser la vanguardia de Francia, contribuyó á la protesta de 27 de julio de 1830, á la ruina de la monarquía y á la creación de un nuevo poder. Los luchadores en los días de la Restauración hallaron en el establecimiento de julio la satisfacción de sus ambiciones, y sería injusticia y poca oportunidad echarles en cara defectos que fueron los de todos.

En el buen tiempo de aquellas luchas de la joven milicia literaria y política, Mr. Thiers había comenzado con Felix Bodin, en 1823, una historia de la Revolución, de la que salieron á luz dos tomos á nombre de ambos. Pero Bodin, adecuado para compendios, era de poco espíritu, y cedió fácilmente su parte de gloria y de trabajo á Mr. Thiers, el cual, quedando solo en lo sucesivo, se apoderó en gran manera de aquella creación común y la hizo suya. Hemos visto esta historia de la Revolución, y á nuestros ojos, no tiene el elevado mérito de la *Historia del Consulado y del Imperio*. Su conjunto es más brillante que sólido; pues todavía no se ve el conocimiento del hombre ni la práctica de los negocios. Cierta adivinación del buen sentido hace comprender al joven escritor la razón de los acontecimientos y los móviles de los actos. Mas no penetra suficientemente en su asunto, ni tiene todavía los elevados principios que más tarde esclarecerán su camino. A cada página se advierte cierta pasión generosa y algo ciega en favor de la energía mal arreglada y de la audacia feliz. Las ideas de la educación y la preocupación de la juventud le hacen ensalzar aquellos montañeses, cuya causa confunde muy frecuentemente con la de la patria. Cree todavía demasiado en la inevitable lógica de los hechos, en la necesidad brutal de las deducciones, porque no ha visto de cerca el papel muy insignificante que por lo común desempeña la razón en la conducta de los negocios humanos, ni la experiencia le ha instruido acerca de en qué límites el hombre puede preparar, dirigir y prevenir.

El estilo de este primer gran estudio histórico tiene también sus defectos de juventud. Es claro, pero no con esa claridad sencilla y concentrada que ilumina las ideas maduras y fecundas. A fin de querer ser demasiado comprendido, se hace prolijo. Mas aun en su difusión semejante estilo forma cuerpo con la idea.

Muy en breve Mr. Thiers fué al fin á aprender la marcha de los negocios en otra escuela que en la de la oposición. Esta transformación era necesaria para la educación de su talento, pues no se aprende mucho en la escuela de la conspiración.

Mr. Thiers conspiraba como otros muchos. Era de ese vasto complot urdido por toda aquella juventud, por todos aquellos entusiasmos de entonces contra la monarquía restaurada. Pero más claro que otros muchos, Mr. Thiers confesaba con suma franqueza sus intenciones y su plan de ataque. Tratábase de impulsar la Restauración al sui-

cidio, de encerrarla en la Carta constitucional y obligarla á saltar por la ventana.

Aquella era una conspiracion con la cabeza erguida, llevando la escarapela en el sombrero. ¡Pero cuántos otros no entendian la conspiracion de una manera mas sangrienta y mas tenebrosa!

Despues hemos visto y oido á esos mártires de la tiranía real, confesar con el cinismo de los victoriosos todas aquellas tramas y todos aquellos complots, cuya sangrienta responsabilidad hacian recaer hace poco en una magistratura inicua, en una policia tenebrosa. Ingenuamente nos han presentado los títulos de su patriotismo con los documentos comprobantes, y nos han demostrado lo que habian padecido en defensa de su causa.

Mr. Thiers no conspiraba de este modo. Para él en la lucha empeñada entre el liberalismo y la Restauracion habia principalmente una cuestion de estrategia.

La victoria de 1830 fué el triunfo de la *Historia de la Revolucion*, y fué tambien el triunfo del estratégico. Monsieur Thiers fué ministro: tal era su vocacion. Mas en medio de las nuevas luchas que tuvo que emprender para conservar ó afirmar el poder, no olvidó un solo instante los estudios que nutren la inteligencia y la aguzan. Aprendia la ciencia de la guerra y de la fortificacion en la sabia escuela de Foy y de Jomini; estudiaba el mecanismo de las rentas públicas con el baron Luis; pero principalmente se dedicaba al estudio de la guerra con una pasion que recuerda su vocacion primitiva. En Vincennes hacia los estudios de un oficial de artilleria.

«La historia de la guerra, dice hablando de las *Memoirs* del mariscal Gouvion Saint-Cyr, es una de las bases de la ciencia política. No se conoce á fondo el mapa de un pais sino estudiando los combates de que ha sido teatro, y no se conocen bien las relaciones de un pais con los demás sino conociendo bien su mapa.»

De esta manera es como por medio de los estudios y de la práctica de los negocios, el historiador del Consulado y del Imperio se halló en disposicion de ser algun dia uno de esos escritores hombres de Estado, cuya palabra tiene muy distinta autoridad que la de los historiadores literatos. Comparemos á Tácito con César, y veremos muy pronto la inmensa diferencia que existe entre el hombre de ideas y el de accion.

La gran série historica que se abre con el golpe de Estado de brumario, no está escrita bajo el influjo de un sistema ya formado. La narracion se halla impregnada toda con la ciencia del hombre y de las cosas. La doctrina de la fatalidad desaparece, en proporcion que el escritor cede el puesto al hombre de Estado. La inspiracion y el entusiasmo continuan, porque esa historia tiene su héroe, que es Napoleon.

Napoleon es la unidad de esa obra, que yo llamaria casi un poema. ¡Qué epopeya, en efecto, no es esa narracion de una vida que domina y llena todo el siglo que empieza!

Todos saben con qué pasion, con qué buen sentido y con qué excelente manera ha referido Mr. Thiers el brillante periodo de aquella vida soberana.

El 2 de diciembre de 1805 es el punto culminante de aquella asombrosa carrera. Al dia siguiente de la victoria de Austerlitz, el imperio francés llegó á los límites que no deberia ya traspasar bajo pena de estrellarse; la gloria de sus armas es aceptada por todos, aun por los vencidos. El crédito público y privado se restablece, la Francia res-

pira feliz y orgullosa bajo un poderoso y respetado gobierno.

Austerlitz es para el Imperio, lo que Marengo fué para el Consulado. Mas ya en medio de la universal embriaguez y de las promesas de dicha, el escritor vislumbra un motivo de recelo, «la sabida inconstancia de la fortuna y lo que aun es mas temible, la flaqueza del espíritu humano, que suele llevar la desgracia sin desfallecer, pero rara vez la prosperidad sin cometer grandes faltas.» ¿Cómo cayó el poderoso? ¿cómo se eclipsó el radiante astro? Esta será la tarea mas difícil del historiador, la de referir aquella inmensa caída. Mr. Thiers lo hace con un dolor sereno, con una sinceridad que no escusa ni disimula nada.

En 1808 vemos remover la primera piedra de aquel edificio, que podria creerse fabricado para siglos. Napoleon abandona por primera vez la gran política nacional que formó su gloria y su fuerza, por esa mezquina política de familia que no tardará en perderlo. Se trató de repetir una vez mas aquella célebre y desgraciada espresion: «Ya no hay Pirineos.» Se trató de escoger, como lo ha dicho Mr. Mignet hablando de Luis XIV, entre su familia y la Francia; se trató otra vez, idea enteramente nueva y necesidad de los tiempos modernos, de elegir entre la política honrada y la política sin escrúpulos.

El octavo tomo de Mr. Thiers presenta á Napoleon rehaciendo la falta de Luis XIV, con imprudente precipitacion y con profunda ignorancia del pueblo cuyos destinos resuelve. Durante algun tiempo vacila despues de sus victorias de Jena y Austerlitz, que mostraron una vez mas á la Europa temblando ante su suerte y ante su genio. Ya no tiene enemigos y puede castigar la perfidia de Godoy; pero no está todavía formada su resolucion. Primeramente no desea sino separar la España del Norte y establecer una frontera en la provincia del Ebro: despues acepta la idea de destronar los Borbones.

Un solo obstáculo lo detiene todavía, y es la actitud de Rusia. En medio de las protestas de afecto y de las cariñosas lisonjas que Alejandro le prodiga, Napoleon comprende que el czar está aguardando la realizacion de las promesas de Tilsitt. Napoleon quiere un trozo de España, pero no queria dejar tomar un trozo de Turquía.

En tales combinaciones destituidas de lealtad, nos dejamos seducir mas lejos de lo que creemos. Muy pronto el gran duque de Berg salió para Madrid. El tratado de Fontainebleau se firma, pero se elude ó mas bien, se viola. Un ejército francés pasa la frontera de España, va destinado, segun se declara, para invadir á Portugal. Pero en vez de dirigirse hácia Lisboa, emprende este ejército el camino de Madrid. Ocupa Navarra y Cataluña, todas las gargantas de los Pirineos y toda la línea de fortalezas.

La fortuna favorece siempre, al parecer, las malas inspiraciones. El 26 de marzo de 1808 se sabe en París la revolucion de Aranjuez. Las disensiones de la familia real de España van á dejar el campo libre á la ambicion imperial. Entonces Napoleon hace comparecer delante de sí en Bayona, á donde los lleva, á Carlos IV, á la reina María Luisa, á Fernando VII y á Godoy; allí pasa aquella escena vergonzosa y trivialmente terrible, á la que Napoleon pone término, declarando al canónigo Escoiquiz que habia concluido el reinado de todos aquellos imbéciles. Es menester leer en Mr. Thiers esta escena, en que la comedia aparece continuamente junto al drama, es menester ver en el hombre que dirige esas grandes intrigas, aquella singular mezcla de audacia leonina y de astucia; es menester ver á Napoleon

cuando se quedó solo con aquel cobarde y ruin Escoiquiz, prescindiendo de su repugnancia en manifestar su interior y declarando la nueva sucesión de España. El emperador se pasea á largos pasos, se escita á sí mismo y se va descubriendo; en voz alta hace la division, da al anciano rey una hermosa quinta para su retiro, al pobre príncipe de Asturias un pequeño principado etruriano, y de vez en cuando, para tranquilizar al canónigo, se para delante de él y le tira de la oreja. ¡Caricias felinas, política de león!

Entretanto una sola prenda queda en Madrid á los españoles, don Antonio, el tío de Fernando VII; pero lo llaman también á Bayona. Los madrileños se sublevan, gritan que hay traición, y cortan los tiros de las mulas que van á llevar al infante. Los franceses están en Madrid, y Murat hace fusilar el pueblo.

Desde aquel día se perdió la España antes de ser conquistada. Este acontecimiento tuvo lugar el 2 de mayo de 1808. A los tres días, el 5 del mismo mes, cuatro heraldos de armas, la municipalidad de Madrid y las personas notables de la corte, se reúnen en el Ayuntamiento. Los heraldos van vestidos de ceremonia, con las mazas de oro al hombro. El cortejo se dirige en medio de un silencio fúnebre hacia la Plaza Mayor, uno de los heraldos se adelanta, y con voz fuerte y lenta dice estas palabras:

—En nombre del rey nuestro señor, don Fernando VII, y de la nación española, indignamente engañada, declaramos la guerra al imperio francés (1).

Murat se echó á reír, y los franceses no vieron en semejante proclamación sino una fanfarronada española, pero la España entera había oído el desafío.

Sigue fatalmente su curso la terrible epopeya. José es colocado sobre este trono vacilante, y entonces comienza para la Francia aquella inútil y estenuadora guerra, que debe anular sus gloriosos triunfos y precipitar su caída.

En 1808 Napoleon dice á José: «Hallaré en España las columnas de Hércules, pero no los límites de mi poder.» Mas, en Santa Elena, exclamará: «Esa malhadada guerra de España me ha arruinado.»

Mr. Thiers muestra admirablemente lo mucho que una mala conducta influye sobre los mas grandes caracteres. Desde el principio de aquella inexplicable política, Napoleon recurrió constantemente á la astucia. Se vale de la astucia con los Borbones, con sus representantes mismos, con sus embajadores, con los instrumentos mas apasionados á su poder. Se vale de la astucia con Beauharnais, el hombre de bien, el político mediano, que no ve ni adivina nada. Se vale de astucia con Murat, quien cree estar en el secreto, quien no sabe absolutamente nada, y á quien Napoleon escribe: «No le diga vd. nada de esto á Beauharnais.» Se vale de astucia con todas aquellas ambiciones personales, con todos aquellos codiciosos que lo rodean.

Muy pronto va á comenzar el castigo. Una catástrofe sin ejemplo hiere aquella desbordada política. Napoleon quiso vencer á la Europa en el interior de la Rusia, y fué vencido por los elementos. El historiador refiere en exactas narraciones aquella grandiosa locura con sus sangrientas peripecias, Smolensko, la Moskowia, Moscou y la retirada de Rusia.

Mientras que Napoleon va á estrellarse así contra un coloso inerte, su pensamiento no ha podido seguir sino á

lo lejos y con una atención muy dividida, aquella guerra de la insurrección española, comenzada con el generoso levantamiento de un pueblo, y mantenida hábilmente por el perseverante odio de la Inglaterra. Allí también hubo reveses; pero aun mas lejos del ojo del amo, los instrumentos estaban divididos, los generales indisciplinados y los egoísmos comprometidos.

Todas las faltas se encadenan. Despues de la falta de España, la de Rusia, y despues las de 1813.

Aquí, segun va á verse, Mr. Thiers olvidó completamente esa cómoda é inmoral doctrina de la fatalidad en política, cuyo secreto influjo se deja traslucir muy frecuentemente en su Historia de la Revolución. Esa fría, rígida y falsa doctrina, de la que otro eminente historiador, Mr. Mignet, dió muy notable modelo, no ha podido sostener la prueba de la experiencia. Mr. Thiers ha visto de cerca los acontecimientos y los hombres; ha tratado los asuntos y dirigido la suerte de un Estado; ha asistido una vez mas á las crueles pruebas de una caída, y las ha sufrido él mismo. Para el hombre eminente nada es desgracia, todo es lección. Por lo tanto, el historiador cree ahora que en política no hay impulsiones necesarias, que es posible detenerse á tiempo, reparar sus faltas y preparar el porvenir.

No queremos juzgar aquí semejante doctrina; mas, al menos, podemos llamarla una doctrina grande, formada para realzar la dignidad del hombre, afirmando su responsabilidad.

Napoleon, segun el historiador, aumentó su secreta herida á fuerza de errores diplomáticos. Unas veces concede el armisticio de Pleiswitz, en vez de llevar la guerra con ventaja suya, y deja á sus enemigos reunirse cómodamente durante aquel Congreso de Praga, «pérfida suspensión entre dos batallas», como lo llama Mr. Villemaine; otras veces cierra los oídos á los consejos prudentes de sus mas útiles y mas fieles instrumentos, de Narbonne, de Vicence, de Savary y de Fouché. Muestranle la verdad y no quiere verla. Es un jugador que juega porque ha jugado; el hábito lo arrastra igualmente que el deseo de reparar sus pérdidas, la sed del prestigio, que se estingue, y aun también, modificación muy sutilmente indicada por el escritor, la pasión de artista del gran capitán en favor de sus combinaciones militares.

Fievée, persona de rectísimo juicio y á veces muy profundo, escribía ya en su Correspondencia en marzo de 1813: «El emperador solo puede preguntarse si es posible ser prudente cuando se ha intentado y errado la conquista del mundo.»

La conclusion de Fievée se deja traslucir á las claras. El problema está sentado muy manifiesta y profundamente. Mr. Thiers lo resuelve de muy diverso modo que Fievée lo hubiese hecho sin duda. Oigámosle:

«Si suponemos un general menos grande, aunque colocado en una situación sencilla, sin tener toda una fortuna prodigiosa que reparar de un solo golpe, ni cien motivos de orgullo para disimularse la verdad, no estando habituado á buscar en atrevidas y complicadas combinaciones resultados extraordinarios, de positivo habria obrado de otro modo, y muy probablemente, si no hubiera obtenido brillantes éxitos, hubiese al menos evitado un desastre.»

Sí, pero éste general no habria sido Napoleon. Al héroe de Marengo y de Austerlitz, al dueño absoluto de la Francia, al conquistador de la Europa, le era necesario un desquite. Su prestigio se hallaba atacado y le era indispensable su habitual esplendor.

(1) A pesar de la ninguna exactitud de estos hechos, los insertamos íntegros á fin de presentar á nuestros lectores el artículo de Mr. A. Fouchier, tal como le dió á luz. (Nota de la Redacción n.).

Napoleon descubre esa idea con singular acritud en la curiosa conferencia de 1813 con Mr. de Metternich.

«Con una sencillez de orgullo singular, dejó ver que lo que sensiblemente le afectaba aquí, eran menos los sacrificios exigidos de él, que la humillacion de recibir la ley despues de haberla dado siempre.» Y añadía: «Tengo necesidad de honor y de gloria, no puedo volver á presentarme achicado en medio de mi pueblo, es preciso que yo quede grande, admirado y glorioso.»

Mr. de Metternich pregunta cuándo se acabará aquel estado de cosas, «si las derrotas como las victorias son igual motivo para continuar aquellas desoladoras guerras.» Y el penetrante y frio diplomático pone al mismo tiempo el dedo en la herida secreta:

—«Esa heroica nacion, cuyo valor admira todo el mundo, necesita tambien reposo. Acabo de atravesar por vuestros regimientos; vuestros soldados son unos niños. Habeis hecho unos alistamientos anticipados y llamado á una generacion apenas formada. Destruida esta generacion por la actual guerra, ¿sacareis un nuevo anticipo? ¿Llamareis á las armas á otra generacion mas jóven todavía?...»

Napoleon se puso pálido de cólera, su semblante se descompuso, y no siendo dueño de sí, tiró ó dejó caer al suelo su sombrero, que Mr. de Metternich no cogió, y yéndose Napoleon derecho á él, le dice:

—«Caballero, no sois militar, ni teneis como yo el alma de un soldado..... No habeis aprendido á despreciar la vida ajena y la vuestra cuando es menester..... ¡Qué me importan á mi doscientos mil hombres!....»

—«Señor, exclamó Mr. de Metternich, abramos las puertas y las ventanas, que os oiga la Europa entera, y la causa que vengo á defender aquí no perderá nada.»

—«Su amo de vds. está loco, dijo Mr. de Metternich al retirarse á los cortesanos de altas graduaciones militares reunidos en la antecámara.»

La Europa no tenia necesidad de asistir á esta curiosa conferencia, porque sabia bien que Napoleon no se detendría en su camino, y que entre ella y él habia un duelo á muerte. La Francia, estenuada y enferma de su propia gloria, deseaba ardientemente una verdadera paz que le hubiese conservado lo que Mr. Thiers cree posible, al parecer, la gran situacion que en el mundo ocupaba.

Pero Napoleon tuvo que seguir su fortuna, necesitaba reconquistar su prestigio, y la Alemania entera va á unirse con la Rusia contra Francia, al paso que Inglaterra y España acabarán de estenuarla.

De esta manera llegamos por las huellas del historiador á aquella admirable y fúnebre lucha, á aquellos aullidos del leon que comienzan en Leipzig y terminan en Waterlón.

En el último tomo, se ve al emperador con su genio acrecentado por la desgracia. Descubrimos allí aun mas ostensibles esas cualidades de imparcialidad, de sobriedad y de irritacion dominada, esa seguridad de intuicion, ese delicado análisis y esa singular claridad de estilo que forman el encanto y el fruto de todos los diez y seis volúmenes. El amor profundo de la patria se advierte á cada renglon, mas esta pasion, que lo anima y esclarece todo, se halla en esta obra mejor conducida, mas elevada y mas moral que en la historia de la Revolucion Francesa.

Otro gran escritor, hombre de Estado de primer orden, Mr. Guizot, decia no hace mucho tiempo al historiador del Imperio: «Cuanto mas adelanta vd. en el curso de su historia, mas soy de su opinion. En el último tomo quedamos completamente de acuerdo.»

SEGUNDA SERIE.—1865.

Mr. Thiers ha recorrido y estudiado los campos de batalla de la guerra de Francia. Ha pasado años enteros en hojearlos archivos del Louvre, en examinar las correspondencias secretas, los documentos diplomáticos, los sitios y los hombres.

Así es como debe escribirse la historia.

A. FOUQUIER.

DE LA NECESIDAD É IMPORTANCIA

de seguir un buen método

REGULAR Y CONSTANTE

EN LOS ESTUDIOS INDISPENSABLES PARA LOS JOVENES QUE ASPIRAN A DISTINGUIRSE POR SU ESMERADA EDUCACION.

Muchos autores preclaros por lo vasto de sus conocimientos y su erudicion muy selecta y peregrina, han ideado planes de educacion apreciables bajo varios conceptos, y han emitido algunas teorías nuevas y muy sensatas acerca del particular, considerando los estudios en todas sus ramificaciones literarias y científicas. Pero ninguno de estos sábios se ha propuesto adoptar un plan basado en la gran idea de que los jóvenes necesitan, para formar su corazon y empaparse en sentimientos virtuosos, seguir un método de estudios, que marque todas las diferencias, que median entre nuestra organizacion social y la de los pueblos paganos de la antigüedad, considerados en sus relaciones religiosas y políticas, que les distinguen de los de la Europa moderna, que ha abrazado el cristianismo, cuyos dogmas tienden muy directamente á perfeccionar nuestra sociedad, y á poner en evidencia que nuestra religion santísima y las doctrinas evangélicas dan mas fuerza al ejercicio de los derechos del hombre y al cumplimiento de sus deberes. Nosotros, pues, vamos á presentar á los lectores un método enteramente nuevo fundado en los principios que acabamos de emitir, esponiendo todo con sencillez y claridad, no solo porque así lo exige la índole de este periódico, sino tambien porque queremos que todos nos comprendan sin esfuerzo ni trabajo.

Los conocimientos humanos pueden clasificarse en literarios y científicos: los primeros están destinados á engalanar las formas exteriores de los productos del ingenio, dándoles las gracias y los encantos propios de la verdadera elocuencia, como la pureza de las frases, la elegancia del estilo, la esposicion fácil de los argumentos, los nombres y epítetos mas adecuados á las ideas que se pretenden espresar, la estricta y escrupulosa observancia de las reglas gramaticales, y todo lo que puede contribuir á dar realce á la imaginacion de un escritor en el desenvolvimiento de sus conceptos. Los segundos, inseparables del rigor lógico, suministran doctrinas y preceptos, mas ó menos ciertos; someten á un exámen critico muy detenido y concienzudo las conjeturas é hipótesis generalmente admitidas, y aplican en el terreno práctico los principios de la ciencia á la religion, la política y la moral.

Pero en esta circunstancia no queremos pasar por alto que todos los conocimientos humanos, clasificados ya en los dos ramos mencionados, se subdividen en otros muchos, que tienen puntos de contacto, mas ó menos inmediatos, entre

AÑO XXIII. 15.